

Francisco Serrano

SATÁN EN VARANASI

LA CIUDAD DE LA DICHA PERFECTA

*Aunque está en la tierra,
no es una ciudad terrestre.*

Skandapurana

1

Deslumbrante y abyecta,
envilecida, fétida, ruinosa
y aun así sorprendente,
iluminada por hachones
bajo una lluvia tenue
que raya el humo de las piras,
Benarés se levanta, atroz, sobre su río.

2

En el amanecer
entre rancias montañas de basura,
dyecciones, detritos: vahos nauseabundos,
hordas de peregrinos exaltados
con velas en las manos
recorren las callejas
entonando salmodias.

3

Santones shivaítas,
ascetas con collares
de flores, renunciantes
cubiertos de ceniza,
mujeres alhajadas,
hermosas como flores
envueltas en sus saris,

atestan estos *ghats*,
estas calles inmundas.

Su movimiento reproduce,
intrincado, sinuoso, vegetal,
la pululación de los dioses.

4

Tosco espejo del cielo:
los hombres que, insaciables,
nos agitamos aquí abajo...

SATÁN EN VARANASI

Y si el Mismísimo
taimado y pendenciero (como suele)
inversamente a lo que maquinó
contra el indócil Job
le pidiera a Lord Shiva
su venia para hacer
que estas turbas idólatras
de fieles que circulan
y rezan y se lavan y redimen
en el undoso Ganges
de pronto se volvieran
inmensamente ricas, ¿cuál entre ellos
conservará su devoción?
¿Alguno habrá que no claudique, sometido
al embrujo del oro?

Sin duda el Tenebroso lograría
lo que entonces no pudo:
que incluso el más piadoso
abjure de su fe y en los altares
de los templos y en los adoratorios
en las escalinatas de la ciudad imperen
la impiedad, la soberbia
que ahora, este fervor, aquí, soterra...

EN LAS CALLES DE UDAIPUR

Enjuto, embadurnado
de pintura rojiza,
semidesnudo y sucio,
el santón se acicala
cuando ve que me acerco.

Paso de largo, absorto en la opulenta
fachada con balcones
de un soberbio edificio,
sin reparar siquiera
en su magra figura.
Irritado se yergue,
va tras de mí y me llama,
perentorio: —*Hello,*
hello, photo, my friend!

El bribón no concibe
que mi avidez de imágenes
lo excluya a él, tan pintoresco
y sobre todo *tan auténtico*,
de mi álbum de recuerdos
y compasivamente busca
suplir mi deficiencia
a cambio de unas cuantas monedas.

GODMEN

Hambriento de saber, el renunciante
—largos cabellos deslucidos,
rostro y torso pintados,
un collar de caléndulas al pecho—
toma cursos de magia.

Quiere aprender las técnicas
para hacer que aparezcan
objetos de la nada:
monedas, un bastón, una cuchara,
un clavo, lo que sea:
requiere con urgencia
dominar ciertos “pases”
a fin de impresionar a sus discípulos.

El mago que da el curso considera
que esos trucos podrían
resultarle de gran utilidad,
sobre todo en esta época
en que la devoción a los santones
declina velozmente.

El costo:

45,000
rupias indias, algo así como
1000 dólares, no mucho
si tomamos en cuenta que en un mes
las limosnas le dejan
tres veces esa cifra
al piadoso *sanyasi*.

EN EL MERCADO DE JAIPUR

Frente a una joyería de dudosa solvencia:
una puerta derruida y polvosas vitrinas
en cuyos anaqueles se amontonan
galas y pedrerías,
mientras mi mujer curioseosa,
converso con dos viejos
que resguardan la entrada.

Bajo blancos turbantes,
enjutos y barbados
enfáticos me explican
usos y procedencias
de las joyas en venta:
brazaletes, collares, prendedores,
aderezos, sortijas, dijes, broches.

Locuaces y efusivos
ponderan el diseño
y el primor del esmalte,
el lustre de las piedras, la exquisita
elegancia de las monturas,
la fina filigrana.

Me sonrén (aquí todos sonrén).
Afablemente conversamos
sin entender una palabra: ellos
hablan hindí, yo español.

CANTO NUPCIAL

A un lado del camino,
entre el polvo que dejan
el paso de las vacas
y las destartaladas
carretas con legumbres,
mientras sobre nuestras cabezas
revuela una bandada de loros refulgentes,
el músico ambulante, un viejo
de bigotes enormes,
huesudo y desdentado,
vestido de blanco,
con un turbante anaranjado
que bajo el sol impío
fulge como una llamarada,
canturrea mientras tañe
un extraño instrumento:
una especie de fídula
de cuatro cuerdas.
Con voz aguardentosa
y una monodía ríspida
entona, nos anuncia, la canción
de las bodas de Shiva y Párvati.

El tosco epitalamio nos transporta:
su extraña melodía, sus palabras,
si bien incomprensibles, evocan los misterios
y dogmas de una fe que en estas tierras
sigue profundamente viva
desde hace tres mil años.

IMPRECACIÓN EN KHAJURAHO

1

Los templos se levantan, deslumbrantes,
en medio de la selva: se diría,
contemplando sus torres, que semejan
borbollones de ornamentado encaje
o atalayas de espuma que se espigan
entre los grandes árboles. Los pórticos,
los techos angrelados, las agujas,
los muros y paneles esculpidos
donde se ha figurado para siempre
la gloria del disfrute de los cuerpos,
el imperioso ardor del amor físico,
resplandecen bajo este sol impávido
que preconiza y dora la exquisita
filigrana de piedra; los abrazos
y besos, las caricias, los roces,
tocamientos, succiones y contactos,
cópulas, *cunnilingus*, felaciones:
toda la gama del saber erótico,
la lascivia, que aguza la conciencia,
(esta noche habrá vivos escarceos
y ensayos de posturas y de enlaces),
se manifiesta aquí representada
con suntuosa sensualidad. Sorprende
que, con todo, no es la figuración
de un vívido erotismo sin ambages
que ilustra lo que el *Kama Sutra* llama
“las diferentes fases del amor”,
lo esencial ni lo más impresionante.

Aquí el arte escultórico alcanzó
cimas de perfección y de belleza
pocas veces logradas. Las deidades,
músicos, bailarinas, gobernantas
y ninfas celestiales, las vivaces
doncellas contemplándose al espejo,
tocando un instrumento, acicalándose
o simplemente riendo, constituyen
un compendio de gracia femenina
de un encanto sensual insuperable.

2

Contemplo embelesado esta riqueza
de brazos, pechos, vientres, piernas, muslos
enlazados, sensibles y exquisitos,
palpitantes en su inmovilidad,
cuando oigo a mis espaldas que alguien habla
en un sucio español, alguien que dice
algo que en un principio no comprendo.
Una obesa turista en camiseta,
gelatinosa, horrenda, sucia, fofa,
que sin ningún pudor, obtusa, exclama:
“Nunca me han encontrado el punto G”.
Seguramente nadie, nunca —pienso—
habrá querido hacerlo, ni lo hará.
Lo que dice me indigna. La aborrezco.
Su presencia es la antítesis más burda
de la delicadeza y la prestancia
que florecen aquí. Pido a los dioses,
a estos desmesurados dioses indios,
que sin misericordia la condenen
a renacer mil veces en distintos
cuerpos irrevocablemente fríos
y que no pueda hallar satisfacción
y se extinga en un mundo sin belleza.
Se aleja farfullando que no entiende
por qué son tan famosos estos templos.

EN EL TEMPLO LAKSHMANA

Ante esta refinada exhibición
de la más viva sexualidad humana
(que alguna vez el pudoroso Gandhi
quiso destruir y que sólo la firme
defensa de Tagore resguardó),
pienso: la poesía no es la luz
pero nos ilumina; las creencias
aun las más encomiables, nos ofuscan.
El rigorismo enturbia la razón.
Sólo el cuerpo conoce la verdad.
La belleza no es ideología.
El tiempo es el espejo del placer.

EXTREMOS

En el mismo día asistí
al deslinde de los límites
y a la unión de los opuestos.

Entre el alba y el ocaso
sin recesos presencié
la confusión convulsa
de la miseria humana
(deprecaciones, rezos,
rituales, abluciones
en las impuras aguas
endiosadas del río):
disparates y trances
de una piedad fanática,

y el esplendor inmóvil,
ideal e inalcanzable
de la gran cordillera,
la serenidad y el tumulto,
la fuerza y la penuria.
la serpiente y la roca,
la cima y el abismo.

AMANECER (MAITHUNA)

El río y la montaña.

El peñón y su sombra.

El árbol y la nube.

El sol sobre las frondas.

El abismo y la flor.

El viento en la ladera.

El sendero, la bruma.

El sueño, la vigilia.

FESTIVAL DE OTOÑO (*DASHAIN*)

Cirios, ofrendas,
flores. Diosas terribles,
piedras pintadas.

** “Noche oscura”: festival en honor de la diosa Durga, la “Inaccesible”, la Madre, que se celebra en Nepal a fines de septiembre; sus altares son piedras pintadas de rojo.*

LA DIOSA VIVIENTE

Nos llevan al crepúsculo
a conocer a la diosa viviente.
En el centro de una maraña
de calles populosas,
a un costado de la plaza real,
un palacete de 3 pisos guarda
a quien alguna secta del budismo venera
como una encarnación de la imponente Durga.

La diosa elige —dicen—
el cuerpo de una niña de entre 3 y 7 años
para habitar entre los hombres.
Los sacerdotes deben hallarla entre las miembros
de un clan determinado (una tribu de orfebres).
Únicamente aquellas que posean
las “32 señales” serán consideradas.

Todo cuenta: el color
de los ojos, el tono de la voz,
la forma de los dientes,
la disposición de la vulva,
tersa y abullonada...

Los bonzos, inspirados, decapitan
a un centenar de búfalos
(sus vísceras se exhibirán
durante muchos meses
a las puertas de templo),
y encierran a las niñas
que ostentan los severos requisitos
en una habitación a oscuras.

Se lleva a cabo entonces un extraño ritual:
ataviados con máscaras,
 dando gritos terribles,
iluminados con antorchas
 los sacerdotes danzan
entre charcos de sangre, tratando de asustarlas.
Las que se atemorizan, gritan o se desmayan
son descartadas.

 Sólo aquella
que resiste pasar toda la noche
con las sanguinolentas cabezas de los búfalos
sin llorar ni inmutarse,
 es la elegida.

Tras estas ceremonias el espíritu
de la invasiva diosa

baja sobre la niña
 y la posee.

La flamante deidad
es ataviada y enjoyada,
maquillada profusamente
(un ojo vertical
en medio de la frente y gruesas rayas
en torno de los ojos),
y a partir de ese instante comienza
la adoración de la joven impúber.
Sus pies no tocan el suelo, sus labios
no pronuncian palabras ordinarias.
Frágil divinidad, frágil criatura
entre turbas devotas.

Su potestad perdura tanto como su infancia.
Con la primera sangre cesa
la áspera posesión.
Un raspón, un rasguño, la hemorragia más leve
y, más frecuentemente, la primera
menstruación determinan
el fin de su divinidad.

De inmediato la privan
de adornos y atributos.
Este regreso es duro: la chica no comprende
por qué de pronto ha vuelto
a ser una simple mortal.
Muchas no se recobran: crecen mal, ignorantes
de muchas cosas, no se casan:
creen que su marido morirá en pocos meses,
que nunca tendrá hijos...
Presas de su extraño pasado
languidecen nostálgicas.

En la tarde nos llevan
a la llamada “Casa de la virgen”:
si corremos con suerte lograremos
contemplar a la diosa.

Detrás de una ventana regiamente labrada
una niña de rostro melancólico
nos contempla un instante y se retira
hastada y silenciosa
en la penumbra del crepúsculo.

A fines de septiembre se celebra
la fiesta de *Dashain*,
 “Noche oscura”,
en honor de la diosa.

Se trata, nos explican,
de una festividad muy semejante
a “nuestra” Navidad: la gente
intercambia regalos y a los niños
se les da ropa y dulces.

Muchos se congratulan a través del periódico:
envían cartas y notas de felicitación
expresando deseos de bienestar y dicha.

Algunas niñas piden en sus cartas
que cese la costumbre
de decapitar búfalos...